



VENGA TU REINO
NUEVE DÍAS

DIOS CON NOSOTROS

The Archbishop of Canterbury

Sarah Mullally



VENGA TU REINO
NUEVE DÍAS



VENGA TU REINO
NUEVE DÍAS

DIOS CON NOSOTROS

Thy Kingdom Come: Novena
(Written by Archbishop of Canterbury Sarah Mullally)
Copyright © 2026 Thy Kingdom Come.
Used with permission. All rights reserved worldwide.

Scripture quotations taken from The Holy Bible, New International Version® NIV®
Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 by Biblica, Inc.
Used with permission. All rights reserved worldwide.

Cover photo: Sarah Hu (unsplash.com)
Photography provided by unsplash.com and stock.adobe.com.
Photos used with permission.

The Archbishop of Canterbury
Sarah Mullally



Introducción

Hechos 1:14

Todos, en un mismo espíritu, se dedicaban a la oración, junto con las mujeres, y con los hermanos de Jesús y su madre María.

Desde el inicio mismo de la Iglesia, estos nueve días entre la Ascensión y Pentecostés — tradicionalmente llamados “la Novena” — han sido un tiempo de oración. Y no solo la oración individual, sino comunitaria, como la de aquellos primeros miembros de la Iglesia.

Ese es el propósito detrás de Venga Tu Reino, ya que nos une en oración: más de un millón de cristianos en 172 países y más de 85 denominaciones y tradiciones.

El tema de este año es “Dios con nosotros”, y cómo el Espíritu Santo ha estado actuando en el mundo. En el corazón de Venga Tu Reino, como siempre, está la “Oración por Cinco”: oramos por cinco de nuestros amigos, familiares, vecinos o colegas que aún no siguen a Cristo, para que lleguen a conocerlo como nosotros lo conocemos.

En aquel primer período entre Ascensión y Pentecostés, los Apóstoles no pidieron que

Dios llevara el evangelio al mundo. Pidieron la venida del Espíritu Santo para que este los transformara y les diera el poder de salir a compartir las buenas nuevas.

De eso tratará también la Venga Tu Reino de este año. Porque la oración no se trata simplemente de pedirle a Dios que cambie el mundo. Me he dado cuenta de que se trata, en igual medida, de pedirle a Dios que nos cambie a nosotros.

La oración moldea al que ora. Dios nos da una nueva forma, como el alfarero moldea el barro, convirtiéndonos en un reflejo más fiel de su imagen. *‘Ustedes ... son en mis manos como el barro en las manos del alfarero.’* (Jeremías 18:6).

Y, como veremos en las lecturas siguientes, Dios quiere transformarnos en personas que realicen los cambios que queremos ver en el mundo. Porque, si las decimos de corazón, nuestras oraciones deben ir acompañadas de

acción, tal como los Apóstoles entraron en acción después de Pentecostés, fortalecidos por el Espíritu Santo. Si realmente anhelamos que nuestros “Cinco” encuentren a Dios, ¿por qué no habría de ser a través de nosotros? Con la ayuda de Dios, tenemos la posibilidad de ser la respuesta a nuestra propia oración.

Es como escribió Teresa de Ávila:

‘Cristo no tiene ahora en la tierra más cuerpo que el tuyo,

no tiene manos ni pies en la tierra sino los tuyos.

Tuyos son los ojos con los que Cristo mira con compasión al mundo.

Tuyos son los pies con los que camina para hacer el bien.

Tuyas son las manos con las que bendice al mundo entero.

Cristo no tiene ahora en la tierra otro cuerpo que el tuyo.’

Podemos ser las manos de Cristo para quienes las necesitan. Por eso, en esta Venga Tu Reino, pediremos ser ese punto de encuentro entre nuestros “Cinco” y el amor de Dios, y que ellos lleguen a conocerlo a través de nosotros. Pero también descubriremos, en el proceso, que nosotros también seremos transformados por el Espíritu Santo y moldeados para ser un reflejo más fiel de la imagen de Dios.

**The Archbishop of Canterbury,
Sarah Mullally**

Pray For Five

1.

2.

3.

4.

5.



Ascensión

El Espíritu de la Promesa

Hechos 1:6-11

“Entonces los que estaban reunidos con él preguntaron: — *Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?* — *No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre* — *contestó Jesús* —. *Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, hasta en los confines de la tierra.*

Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista [...].”

Creo que todos podemos sentirnos impotentes a veces. Impotentes para cambiar el mundo, quizás incluso impotentes para realizar cambios en nuestras propias vidas. Y ni hablar de compartir el evangelio — que transforma vidas — con los demás. Y así le preguntamos a Dios: “¿Qué vas a hacer al respecto?”, “¿Vas finalmente a restaurar el Reino?”

Y recibimos la desalentadora respuesta: “No les toca a ustedes conocerlo”.

Pero sin importar cuán impotentes nos sintamos — al ser dejados en la oscuridad, con tantas incógnitas — podemos hallar consuelo en las últimas palabras de Cristo en la tierra. Cuando el Espíritu venga sobre ustedes, “recibirán poder”. Y no cualquier poder, sino el poder de difundir las buenas nuevas hasta los confines de la tierra.

Tal vez estés pensando: “Todavía me siento impotente, ¿cómo puedo saber que esta promesa fue real?”.

Bueno, no necesitamos mirar más allá de ti mismo. Tú, y todos los lectores de esta Venga Tu Reino, que provienen de todos los rincones del mundo, en más de 172 países. En ti, en la Comunión Anglicana y en la iglesia universal, podemos ver que su promesa fue cierta y que las buenas nuevas han llegado hasta los confines de la tierra. A nuestros antepasados se les concedió, en efecto, el poder del Espíritu Santo para ser testigos de Cristo ante el mundo. Y, por lo tanto, a nosotros también.

Y si se nos ha dado el poder para llegar a los confines de la tierra, ciertamente se nos ha dado el poder para llegar a nuestros “Cinco”.

Oremos para que podamos reconocer el poder del Espíritu Santo dentro de nosotros y, sin importar cuánto Dios deje en lo desconocido, usemos ese poder para compartir las buenas nuevas con nuestros “Cinco”.



El Espíritu se mueve sobre la creación

Génesis 1:1-5

“En el principio Dios creó los cielos y la tierra. La tierra no tenía forma y estaba vacía, las tinieblas cubrían el abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.

Y dijo Dios: «¡Que haya luz!». Y la luz llegó a existir. Dios consideró que la luz era buena y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó «día» y a las tinieblas, «noche». Vino la noche y llegó la mañana: ese fue el primer día.”

Visualiza, en tu imaginación, la oscuridad más profunda. Una oscuridad que no solo no ha sido tocada por la luz, sino una donde la luz ni siquiera ha existido jamás.

Pero incluso en esa oscuridad — la más completa que pudo o haya existido jamás, cuando las cosas literalmente no podían ponerse más oscuras — había esperanza. El Espíritu estaba presente, moviéndose sobre las aguas.

Cada vez que me encuentro en la oscuridad, esto me resulta un verdadero consuelo: que Dios estaba allí en el principio, y su Espíritu está con nosotros hoy, sea cual sea nuestra situación.

Pero a veces puede ser difícil sentir esta presencia. En esos momentos, la presencia del Espíritu se siente mejor a través de los demás. Cuando era enfermera y trabajaba en cuidados paliativos, vi a personas experimentar la oscuridad más profunda,

lidiando con el impacto y el dolor de ver su vida truncada. Lo que descubrí fue que las personas no siempre pedían una solución que nadie podía dar; simplemente pedían que alguien estuviera allí, que estuviera presente con ellos. No solo en persona, sino en espíritu.

Dios actúa a través de nosotros — su Espíritu puede sentirse a través de nosotros — y él nos llama a estar presentes con todos aquellos que se encuentran en la oscuridad.

Como proclamó Isaías, *el Espíritu del Señor me ha enviado para consolar a los de corazón quebrantado y a proclamar que los cautivos serán liberados y que los prisioneros serán puestos en libertad* (Isaías 61:1-2).

Oremos para que, si alguno de nuestros “Cinco” se encuentra en la oscuridad, podamos estar presentes con ellos en ese proceso, compartiendo la presencia del Espíritu Santo.



El Espíritu de Gracia

Rut 1:16-18

“Pero Rut respondió: «¡No insistas en que te abandone o en que me separe de ti! Porque iré adonde tú vayas y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras y allí seré sepultada. ¡Que me castigue el Señor con toda severidad si me separa de ti algo que no sea la muerte!»». Al ver Noemí que Rut estaba tan decidida a acompañarla, no insistió más.”

Me imagino que no fue fácil para Rut decir estas palabras.

Significaba dejar su hogar en Moab, a su familia extendida y todo lo que había conocido en su vida hasta ese momento. Sin mencionar que no siempre es fácil dedicarnos

plenamente a otra persona, incluso en nuestros mejores días. Es aún más difícil hacerlo cuando nos están rechazando. Porque así era como Rut estaba siendo tratada.

Noemí claramente sufría por una pérdida profunda. Había perdido a su esposo y a sus

dos hijos. Era demasiado mayor de edad para volver a casarse, y mucho menos para tener más hijos. Además, creía que Dios se había puesto en su contra. Incluso se cambió el nombre de Noemí (en hebreo significa “placentera” o “dulce”) a Mara (que significa “amarga”): «Llámenme Mara, porque el Todopoderoso ha colmado mi vida de amargura. ... ¿Por qué me llaman Noemí si me ha afligido el Señor, si me ha hecho desdichada el Todopoderoso?» (Rut 1:20-21).

Ella alejaba a los más cercanos, como todos podemos hacer cuando estamos en el abismo de la desesperación, pero Rut vio más allá de eso y se negó a abandonarla. Rut estaba llena del Espíritu de gracia.

En su amor por Noemí, podemos ver algo del amor incondicional de Dios por nosotros. A través de Jesucristo, Dios demostró su compromiso con la humanidad, diciéndonos: «A donde tú vayas, yo iré; donde tú mueras, yo moriré». Y Él está con nosotros hoy, dondequiera que vayamos, desde el principio

hasta el final de nuestras vidas, a través de su Espíritu Santo.

Sin embargo, día tras día, seguimos alejándonos de Él a través de lo que pensamos y decimos, lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. De este modo superamos por mucho el rechazo de Noemí hacia Rut, pero cada día Él se compromete con nosotros a través del Espíritu Santo. Y eso es la gracia: un favor inmerecido e incondicional.

La gracia era lo que Noemí necesitaba. Es lo que la humanidad necesita. Y es lo que nuestras “Cinco” personas también necesitan.

Oremos para que el Espíritu de gracia nos muestre — incluso cuando (o especialmente cuando) sea difícil — cómo ser llenos de gracia con nuestras Cinco personas, cómo comprometernos con su bienestar y dar testimonio del amor incondicional de Dios para todos nosotros.



El Espíritu de Escucha

1 Samuel 3:1-11

[...] Samuel dormía en el santuario del Señor, donde se encontraba el arca de Dios. La lámpara de Dios todavía estaba encendida. El Señor llamó a Samuel [...]

Por tercera vez llamó el Señor a Samuel. Él se levantó y fue adonde estaba Elí. — Aquí estoy — dijo —, *¿para qué me llamó usted?*

Entonces Elí se dio cuenta de que el Señor estaba llamando al muchacho. — Ve y acuéstate — dijo Elí —. Si alguien vuelve a llamarte, dile: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”*. Así que Samuel se fue y se acostó en su cama.

Entonces el Señor se acercó, se detuvo y lo llamó de nuevo: — *¡Samuel! ¡Samuel!* — Habla, que tu siervo escucha — respondió Samuel [...]

¿En qué lugar sientes que oras mejor? estás en casa, en la cama, en perfecto silencio?

¿Es cuando estás en la iglesia, cuando sales a caminar por la naturaleza o quizás cuando Todos tenemos nuestras formas de sintonizar esa “frecuencia de radio” que nos funciona y

nos permite escuchar la palabra de Dios.

Para mí, es un lugar en mi casa al que voy cada mañana para orar, estudiar la Biblia, hacer la Oración Matutina, mis devocionales o simplemente estar en quietud. Pero más que eso, se trata de un ritmo: tener una rutina regular que le dé a Dios espacio y tiempo para hablar, y a mi alma la oportunidad de escuchar.

Para Samuel, parece que necesitaba estar acostado; quizás necesitaba que fuera de noche y — como es de esperar — el hecho de estar en el Lugar Santísimo, donde se encontraba el Arca del Pacto, también ayudó bastante.

Pero cuando Samuel escuchó la voz del Espíritu, no entendía qué estaba pasando ni por qué estaba respondiendo de forma equivocada. Era como si estuviera usando un “handy” o “walkie-talkie” que recibía y transmitía en frecuencias diferentes, y pudo haberse sentido como la víctima de una broma pesada. Sin embargo, recibió un consejo importante.

Elí no queda particularmente bien parado en este libro de la Biblia, pero en esta historia desempeña un papel invaluable. Él le enseñó a Samuel cómo escuchar al Espíritu: a volver a acostarse en su lugar original —sintonizando la frecuencia de radio correcta— y a responder de la manera adecuada. En efecto, lo ayudó a darse cuenta de cómo orar.

Me pregunto: si nuestras “Cinco” personas escucharan una voz como la escuchó Samuel, ¿sabrían quién o qué es, o cómo responder a ella?

Porque Dios puede estar llamándolos hoy mismo — de hecho, estoy seguro de que lo hace — y nos corresponde a nosotros desempeñar el papel de Elí.

Oremos para que podamos ayudar a nuestros Cinco a identificar ese llamado por lo que realmente es, y animarlos a escucharlo; porque, al igual que a Samuel, escucharlo cambiará sus vidas.



El Espíritu de Confianza

Jueces 6:11-14

“[...] Cuando el ángel del Señor apareció ante Gedeón, dijo: —*¡El Señor está contigo, valiente guerrero! —Pero, señor — respondió Gedeón—, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos sucede todo esto? ¿Dónde están todas las maravillas que nos contaban nuestros antepasados, cuando decían: “¡El Señor nos sacó de Egipto!”? ¿La verdad es que el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de Madián!*”

El Señor lo encaró y le dijo: —*Ve con la fuerza que tienes y salvarás a Israel del poder de Madián. Yo soy quien te envía.*”

“**S**i el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos sucede todo esto?”

Sospecho que habrá personas leyendo esto que se harán la misma pregunta que Gedeón.

Es totalmente comprensible por qué Gedeón se sentía abandonado por Dios; por qué sentía

tanta indignación hacia Él, y por qué preguntaba dónde estaban todas las maravillas de Dios y por qué no podía volver a realizarlas hoy.

Y es comprensible por qué nosotros, a veces, podemos sentir lo mismo hoy.

En situaciones donde nos sentimos

desesperanzados y sentimos que no hay nada que podamos hacer para ayudar, queremos que Dios lo solucione por nosotros. Pero, ¿qué nos dice Dios en cambio (incluso cuando — o quizás especialmente cuando — estamos indignados con Él)?

«Ve con la fuerza que tienes ... Yo soy quien te envía».

Él nos envía a hacer lo que quisiéramos que Él hiciera.

Como enfermera en una unidad oncológica, trabajé en un lugar donde la gente suele sentirse en su estado de mayor vulnerabilidad. Allí realmente no hay una solución terrenal, y la gente suele preguntar «¿por qué?» ... ¿Por qué un Dios de amor permitiría tal sufrimiento? Y, si Jesús sanó al leproso, ¿por qué no puede sanarme a mí?

Pero, aunque las cosas parezcan desalentadoras, también es un lugar donde algo extraordinario puede suceder.

Es un lugar donde, incluso si no hay una cura física, incluso si no tenemos todas las respuestas, podemos caminar junto a las personas mientras superan la desesperación y ayudarlas a vivir la vida en toda su plenitud. Podemos estar con ellos en su sufrimiento, tal como Dios lo está.

Hoy, es posible que nos sintamos con poca esperanza respecto a nuestras “Cinco” personas, sintiendo que no hay nada que podamos hacer para acercarlas a Dios. Pero el Espíritu nos pide que no desesperemos. Nos dice que no esperemos a que Dios actúe, sino que nos envía con la fuerza que tenemos, diciéndonos que hagamos lo que podamos porque, lo reconozcamos o no, «el Señor está contigo».

Oremos para que no dejemos de actuar, sino que respondamos con confianza al llamado del Espíritu que nos envía a nuestros Cinco. Porque Dios trabajará a través de nosotros, con la fuerza que tenemos.



El Espíritu y el Susurro

1 Reyes 19:9b-13

“Más tarde, la palabra del Señor vino a él. —*¿Qué haces aquí, Elías?* —le preguntó.

Él respondió: —*Me consume mi amor por ti, Señor Dios de los Ejércitos. Los israelitas han rechazado tu pacto, han derribado tus altares y a tus profetas los han matado a filo de espada. Yo soy el único que ha quedado con vida, ¡y ahora quieren matarme a mí también!*

El Señor le ordenó: —*Sal y preséntate ante mí en la montaña, porque estoy a punto de pasar por allí.*

Mientras estaba allí, el Señor pasó y vino un viento recio, tan violento que partió las montañas y destrozó las rocas, pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto, pero el Señor tampoco estaba en el terremoto. Tras el terremoto vino un fuego, pero el Señor tampoco estaba en el fuego. Y después del fuego vino un suave murmullo. Cuando Elías lo oyó, se cubrió el rostro con el manto y, saliendo, se puso a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que le dijo: —*¿Qué haces aquí, Elías?*”

No sé qué opines tú, pero, para mí, la respuesta de Elías parece bastante razonable!

Dios le había preguntado por qué estaba allí, y él da una respuesta honesta y muy sensata. No me sorprendería que cualquiera decidiera esconderse en una situación como esa.

Pero, claramente, Dios quería que Elías reflexionara de nuevo. Así que se le ordena salir: experimenta cómo los montes se parten, la tierra tiembla bajo sus pies y un incendio voraz aparece. Después de todo eso, el Espíritu regresa para susurrar la mismísima pregunta.

Esto no es como la historia de Samuel y Elí. Elías no tiene problemas para comunicarse con Dios. Puede escucharlo muy claro, entenderlo y responderle, y Dios está usando eso para transformarlo.

Porque Dios no estaba pidiendo información; Él ya sabía por qué Elías estaba allí. Esta era una pregunta retórica, diciéndole a Elías que

dejara atrás las excusas, que saliera de su escondite y que actuara.

Finalmente, Elías capta la indirecta.

Me pregunto: ¿cuál es esa pregunta que cada uno de nosotros tiene que responder una y otra vez? Para mí, siempre ha sido si estoy haciendo lo mejor que puedo con los dones que Dios me ha dado.

Tal vez sea lo mismo para ti, o quizás hay una pregunta persistente relacionada con tus “Cinco” (esas cinco personas por las que oras): ¿Por qué no les he hablado de mi fe? ¿Por qué no los he invitado a la iglesia? Porque, si la pregunta sigue volviendo, sabemos que Dios tendrá una razón!

Oremos para que, sea cual sea la pregunta que el Espíritu nos esté susurrando — especialmente si se relaciona con nuestros “Cinco” —, podamos responder como Dios desea: no ignorándola, no reprimiéndola, ni con excusas, sino con acción.



El Espíritu y el Liderazgo

Jueces 4:3b-5

“Los israelitas clamaron al Señor [...]”

En aquel tiempo lideraba a Israel una profetisa llamada Débora, que era esposa de Lapidot. Ella tenía su tribunal bajo la Palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la región montañosa de Efraín, y los israelitas acudían a ella para resolver sus disputas.”

Quizás te hayas dado cuenta de que, cuando oramos, las respuestas no siempre llegan de la manera que esperamos. No necesariamente escuchamos la voz de Dios como Samuel o Elías. En cambio,

encontramos al Espíritu obrando y hablando a través de alguien más, y es en esa persona donde hallamos guía.

En esta historia, los israelitas clamaban

a Dios por ayuda y reconocieron que el Espíritu les hablaba a través de Débora; por eso, buscaron en ella liderazgo.

Débora no impone su liderazgo sobre Israel. Simplemente se instala, se pone a disposición de cualquier israelita que la necesite y les sirve. Tal como el Padre siempre está ahí para nosotros cuando queremos orar. Y tal como el Hijo vino, no para ser servido, sino para servir.

Como todos los ministros, trato de reflejar este liderazgo espiritual: no forzando mi propio camino, sino buscando sacar lo mejor de los demás. Liderar sirviendo a otros, capacitándolos, dándoles confianza y liberando los dones que Dios les ha dado.

En nuestras iglesias locales, todos tenemos

líderes que han “asentado su campamento” cerca de nosotros: clérigos y pastores llenos del Espíritu Santo, que están allí para servirnos, guiarnos y sacar lo mejor de nosotros.

Así que busquémoslos, tal como los antiguos israelitas buscaron a Débora, porque mientras intentamos descifrar cómo acercar a nuestros “Cinco” a la fe, es posible que escuchemos al Espíritu hablándonos a través de ellos.

Oremos por nuestros líderes de la iglesia, tanto laicos como ordenados, para que, al escuchar ellos mismos la voz del Espíritu, puedan ayudarnos a compartir el amor de Dios con nuestros “Cinco”.



El Espíritu de Soberanía

Mateo 3:13-17

“Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan trató de disuadirlo. — *Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* — objetó. — *Hagámoslo como te digo, pues nos conviene cumplir con lo que es justo* — contestó Jesús. Entonces Juan consintió.

Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz desde el cielo decía: «*Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él*».”

Si hay una palabra que define esta historia, es esta: humildad.

En Navidad, el Creador se humilló a sí mismo,

no solo al hacerse parte integral de su creación, sino al entrar en ella en la mayor de las bajezas: naciendo en un establo y siendo recostado en un pesebre para animales.

El Viernes Santo, no solo se humilló al sufrir la muerte, como su creación, sino que permitió ser humillado públicamente en la tortura de la cruz.

Y aquí, en su bautismo, permitió ser bautizado — ser lavado espiritualmente por su propia creación —, como si él fuera pecador, igual que sus criaturas.

Sería increíble si no fuera cierto.

Y esto no es solo un gesto; la humildad está en el núcleo mismo de su soberanía sobre la creación.

Porque es solo después de someterse al bautismo que el Espíritu de soberanía desciende sobre Jesús, anunciándolo como el Hijo de Dios.

Cristo nos muestra que, en Dios, la soberanía y la humildad son, paradójicamente, una misma cosa.

Como cristianos, debemos dar testimonio de esta misma humildad porque, al igual que Cristo, somos llamados a servir a los demás.

Como enfermera, como presbítero y simplemente como cristiana, he sido llamado a lavar los pies de otros. Jesús lavó los pies de sus discípulos y nos pide que hagamos lo mismo por los demás, y esto incluye a nuestros “Cinco”. Ya sea que lavemos pies de forma literal o metafórica, es, en su esencia, un símbolo de servicio y cuidado, pero, sobre todo, de humildad.

Será nuestra humildad la que haga que el Espíritu descienda sobre nosotros, porque «*el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido*» (Mateo 23:12).

Oremos para que el Espíritu de soberanía nos conceda una verdadera humildad, y para que podamos servir a nuestros “Cinco” con un corazón de siervo, tal como Cristo nos sirvió a nosotros.



El Espíritu de Evangelismo

Hechos 8:26-35

“[...] El Espíritu dijo a Felipe: «*Acércate y júntate a ese carro*»».

Felipe se acercó de prisa al carro y, al oír que el hombre leía al profeta Isaías, preguntó: —*¿Acaso entiende usted lo que está leyendo? —¿Y cómo voy a entenderlo — contestó — si nadie me lo explica?* Así que invitó a Felipe a subir y sentarse con él [...].”

Todos los días nos cruzamos con personas nuevas. No saludamos a cada una de ellas ni iniciamos una conversación; si lo hiciéramos, sería imposible terminar nuestras tareas! Pero me pregunto si esa es la verdadera razón por la que nos quedamos callados.

Creo que puede ser difícil exponernos ante una persona desconocida. Más aún cuando parecen diferentes a nosotros. Si aparentemente hay tan poco en común, puede ser difícil incluso decir un simple “hola”, y mucho menos correr hacia ellos y lanzarse a hacer preguntas sobre lo que están leyendo.

Pero eso es exactamente lo que hizo Felipe. Pudo haber pensado: “¿cómo podría alguien como yo, un hombre común de un pueblo pesquero en Galilea, relacionarse con un funcionario real, un eunuco de la lejana Etiopía?”.

Pero el Espíritu tenía una respuesta: simplemente ve allá y mira qué pasa. Una cosa llevó a la otra, y Felipe terminó enseñándole a este hombre los significados profundos de la profecía de Isaías.

Hoy hablamos mucho sobre cómo ser embajadores de Cristo más eficaces. Pero en esta historia, el Espíritu nos recuerda algo que parece demasiado obvio para ser dicho: no podemos hablar de Dios si no estamos en la conversación.

El Espíritu no le da a Felipe pautas sobre cómo hablar con este hombre (por mucho que Felipe las hubiera agradecido). El Espíritu Santo no nos dice las cosas que creemos que necesitamos escuchar. En

cambio, solo hay una instrucción clara: “Acércate y júntate a ese carro”. Dios confía en que Felipe se encargará del resto.

El Espíritu nos llama hoy a hacer lo mismo. No a hablar con cada persona que nos crucemos; no todo recae sobre nuestros hombros, después de todo somos parte de un equipo: la Iglesia. Pero Dios nos llama, al menos, a hablar con nuestros “Cinco”. Puede que no nos esté diciendo qué decir o cómo decirlo; Él solo quiere que iniciemos la conversación. Y como se trata de nuestros amigos y familiares, será más fácil para nosotros de lo que fue para Felipe, i aunque no tengamos la suerte de encontrarlos leyendo a Isaías!

Oremos por la confianza para escuchar y responder al llamado del Espíritu: para arriesgarnos e iniciar una conversación con nuestros “Cinco”, incluso si no nos sentimos preparados. Porque Dios confía en que nosotros nos encargaremos del resto.



El Espíritu para todas las Edades

2 Timoteo 1:3-7

“Al recordarte de día y de noche en mis oraciones, siempre doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia limpia como lo hicieron mis antepasados. Y al acordarme de tus lágrimas, anhelo verte para llenarme de alegría. Traigo a la memoria tu fe sincera, la cual animó primero a tu abuela Loida, a tu madre Eunice y ahora te anima a ti. De eso estoy convencido.

Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impusieron las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

Hace algunos años, estuve internada para una intervención quirúrgica. Aunque había pasado décadas trabajando como enfermera, nunca había sido paciente

ni me habían aplicado anestesia general. Lejos de sentirme tranquila y segura, estaba ansiosa y asustada. Mientras estaba acostada esperando que me durmieran, lo

único que quería era que alguien me tomara de la mano.

Ese agarre no habría reducido el riesgo ni me habría curado, pero me habría dicho que no estaba sola.

Todos sabemos lo que significa sentirse solos. Sentirnos aislados — incluso cuando estamos rodeados de gente — y anhelar una conexión personal.

Pablo, me parece, sentía lo mismo. Escribió esta carta en la cárcel — supuestamente la última que escribió antes de su martirio — y su anhelo de ver a Timoteo es palpable. Me lo imagino deseando un abrazo, una conversación de verdad, una mano que sostener.

No podemos subestimar la importancia de la conexión personal, porque es en ella donde podemos compartir el don del Espíritu Santo los unos con los otros.

Como dice Pablo, el Espíritu — el don de Dios — llegó a Timoteo a través de la imposición de manos de Pablo. Y nos ha sido compartido a todos mediante nuestro bautismo, transmitido de generación en generación, a través de todas las épocas, desde los tiempos de Pablo hasta hoy, y hacia los tiempos por venir.

El Espíritu para todas las épocas — sin forma ni tiempo — llega a nosotros en un instante preciso de espacio y tiempo, cuando encontramos conexión los unos con los otros.

Y necesitamos compartir este don con nuestros Cinco — aquellos a quienes, como Pablo, hemos estado recordando constantemente en nuestras oraciones.

Oremos para que, cada vez que nuestros Cinco puedan sentirse solos, estemos ahí para ellos, con una conversación o una mano tendida, compartiéndoles el consuelo del Espíritu Santo.



Pentecostés

El Espíritu de Poder

Hechos 2:1-4

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, vino del cielo un ruido como el de una violenta ráfaga de viento y llenó toda la casa donde estaban reunidos. Aparecieron entonces unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.”

«**V**en, Espíritu Santo, inspira
nuestras almas e ilumínalas
con fuego celestial...»

Este antiguo himno fue cantado en la coronación del rey Carlos III, justo antes de que fuera ungido con aceite y con el Espíritu

Santo [nota traductor: se refiere al servicio religioso el sábado 6 de mayo de 2023, en la Abadía de Westminster en Londres]. Originalmente en latín, se entonó el himno en las lenguas propias del Reino Unido (inglés, galés, gaélico escocés e irlandés), evocando las muchas lenguas que hablaron

los apóstoles en aquel primer Pentecostés, y convocando un Pentecostés completamente nuevo para hoy.

De hecho, el himno se ha cantado en cada coronación británica desde 1625, porque se ha reconocido que un monarca no puede cargar solo con el peso de su llamado: necesita la fortaleza que solo puede venir del Espíritu de poder.

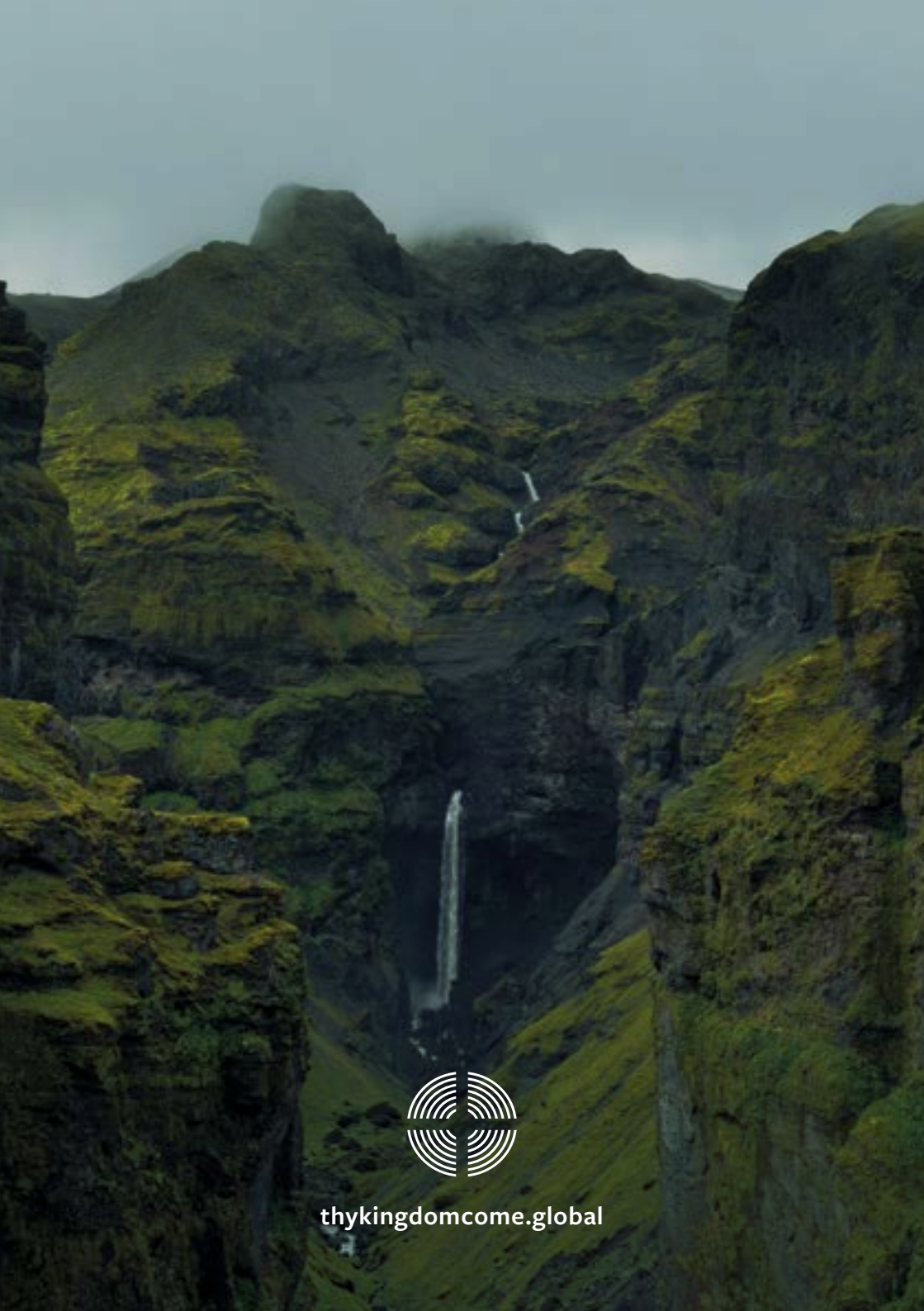
Y todos necesitamos esa ayuda también para las tareas que tenemos por delante, no menos para compartir el amor de Dios con nuestros Cinco.

Eso es por lo que hemos estado orando estos últimos once días: que nuestros Cinco encuentren a Dios, y lo hagan a través de nosotros. A través de nuestra confianza para iniciar conversaciones, incluso cuando nos sentimos poco preparados. A través de nuestra humildad, sirviéndoles con corazón de siervo. A través de nuestro consuelo cuando se encuentran en la oscuridad o

en soledad. A través de nuestra gracia, comprometiéndonos con su bienestar, incluso cuando pueda resultar difícil. A través de nuestra guía, ayudándoles a escuchar y atender el llamado de Dios. Y, sobre todo, a través de nuestra acción, respondiendo al susurro del Espíritu y compartiendo nosotros mismos el amor de Dios con nuestros Cinco.

Si hacemos todo aquello por lo que hemos orado, nuestros Cinco no solo encontrarán a Dios a través de nosotros. Nosotros mismos encontraremos a Dios de manera más plena, y seremos transformados por su Espíritu en personas de gracia, humildad, consuelo, escucha, confianza y amor; en personas que reflejen, cada vez con mayor claridad, la verdadera imagen de Dios.

Oremos para que, como en aquel primer Pentecostés, seamos transformados por el Espíritu Santo y habilitados para convertirnos en embajadores de Cristo, compartiendo el amor de Dios con nuestros Cinco.



thykingdomcome.global